

La vieja “nueva pobreza” en Argentina: redes y capital social en un universo heterogéneo

Alicia B. GUTIÉRREZ

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas –CONICET
Facultad de Filosofía y Humanidades
Universidad Nacional de Córdoba, Argentina
aliciabeatrizgutierrez@gmail.com

Recibido: 29-01-2013

Aceptado: 21-03-2013

RESUMEN

Este artículo analiza algunos aspectos de la problemática de la “nueva pobreza” en Argentina, en el marco del proceso de empobrecimiento vivido por la mayor parte de los países de América Latina, iniciados durante la década de 1980 y profundizados en los años posteriores. Primero, se caracterizan esos procesos económicos, sociales y políticos; luego se hace referencia a las redes sociales que construyen familias residentes en una localidad pobre de Córdoba, Argentina, intentando mostrar las posibilidades analíticas que brinda la noción de “capital social” para estudiar la heterogeneidad del fenómeno de la pobreza.

Palabras clave: pobreza, nueva pobreza, heterogeneidad, redes sociales, capital social.

The old “new poverty” in Argentina: networks and social capital in a heterogeneous universe

ABSTRACT

This article discusses some aspects of the problem of the "new poverty" in Argentina as part of the process of impoverishment experienced by most of the countries of Latin America which were initiated during the 1980s and deepened in the years following. In the First part of this article, these processes are characterized economic, social and political and then referred to the social networks that build families living in a poor suburb of Cordoba, Argentina, trying to show the analytical possibilities offered by the notion of "social capital" offers to study the heterogeneity of the phenomenon of poverty.

Keywords: poverty, new poverty, heterogeneity, social networks, social capital.

REFERENCIA NORMALIZADA

B. Gutiérrez, A. (2013). La vieja “nueva pobreza” en Argentina: redes y capital social en un universo heterogéneo. *Cuadernos de Relaciones laborales*, Vol. 31, núm. 2, p. 313-336.

SUMARIO: Introducción. 1. Los principales rasgos de la pobreza en Argentina: 1.1. El proceso de empobrecimiento y de segmentación social. 1.2. Estado, trabajo y política social. 1.3. Viejos pobres y viejos nuevos pobres. 2. Pobreza y redes sociales en Malvinas Argentinas: 2.1. Malvinas Argentinas: ciudad dormitorio de pobres. 2.2. Capital social y estrategias familiares en la pobreza. 2.2.1. Capital social colectivo y gestión del hábitat: dos tipos de redes tras el mismo programa habitacional. 2.2.2. Familias y espacios religiosos. Dos tipos de redes: iglesias pentecostales y Hermanos Libres. 3. A modo de cierre. 4. Bibliografía.

Introducción

Durante la llamada “década perdida” (1980-1990), la mayor parte de los países de América Latina sufrieron una aguda contracción económica, una disminución y concentración de los ingresos y una mayor inequidad en su reparto. Todo ello, sumado a las políticas de ajuste de corte neoliberal que fueron protagonistas en la década siguiente -que ni siquiera fueron acompañadas por decisiones destinadas a enfrentar sus consecuencias sociales negativas- se tradujo en un aumento de la pobreza y de la indigencia, en números absolutos y relativos, y tanto en zonas urbanas como rurales. Si bien las situaciones de mayor privación se observan en estas últimas, la pobreza se ha convertido en un fenómeno fundamentalmente urbano y junto a la “vieja pobreza” o pobreza estructural, apareció la “nueva pobreza”. Y Argentina no permaneció al margen de este panorama.

En la primera parte de este artículo, señalaré los principales rasgos que tomaron esos procesos en el país y que dieron lugar a la constitución de un universo heterogéneo de pobreza. En la segunda parte, me referiré a investigaciones realizadas en una localidad pobre de la provincia de Córdoba, para mostrar las posibilidades analíticas que brinda el estudio de las redes sociales, para dar cuenta de esa heterogeneidad, sin descuidar las relaciones de conflicto y de poder que las atraviesan.

1. Los principales rasgos de la pobreza en Argentina

1.1. El proceso de empobrecimiento y de segmentación social

En el caso de Argentina, la crisis y el empobrecimiento se inician a mediados de la década de 1970: la emergencia de los procesos de concentración económica, de contracción del Estado y retiro de sus funciones distributivas, de modificaciones en el mercado de trabajo -con aumento de la precarización y el desempleo-, y de caída del ingreso, se ve acelerada y reforzada por el contexto institucional y político surgido en 1976 con la última dictadura militar.

Si bien la pobreza no es un fenómeno novedoso en Argentina, y las desigualdades sociales y regionales forman parte de su conformación histórica, hasta entonces estaba circunscripta, en lo que a las áreas urbanas se refiere, a los denominados “bolsones de pobreza” de las “villas miseria” asentadas en las periferias de las principales ciudades: esa localización favorecía el imaginario de un país en el que la pobreza constituía un fenómeno “marginal” a su realidad social. (Minujin, 1992 y 1993)¹

¹ Un estudio realizado para América Latina, estima en un 8% el porcentaje de hogares pobres en toda la Argentina en 1970, correspondiendo el 5% para las áreas urbanas (Altimir, 1979). El imaginario de la marginalidad de la pobreza estaba convalidado no sólo por su ubicación espacial, sino también por la constatación del hecho de estar frente a un país en el

Es decir, con sus especificidades, Argentina acompañó el camino transitado por los países de la Región, y su profundidad y persistencia han traído aparejado un fuerte deterioro en las condiciones de vida de importantes sectores de la población. La estructura social se vio seriamente afectada, produciéndose, por un lado, un empobrecimiento general y, por otro, la incorporación de nuevos grupos al universo de la pobreza.

A ello debe agregarse la transformación de la economía, iniciada con más fuerza en 1990 y destinada a centrar la actividad económica alrededor del mercado², que dio ciertos resultados favorables en los primeros años, pero que hacia 1995 presentó ya un panorama francamente desalentador: el desempleo creció hasta alcanzar niveles del 18% -que no tenían precedentes históricos en el país-, continuó la caída de los ingresos familiares, y se incrementó la precariedad en el trabajo, con la agudización de las medidas tendientes a la “flexibilización” de las relaciones laborales³.

En efecto, en el nuevo contexto internacional, marcado por la pérdida de la centralidad del trabajo como elemento articulador de las sociedades y de la identidad de los individuos (Castel, 1997), la sociedad argentina sufrió un proceso de empobrecimiento general y de segmentación social, que ha sido analizado por diversos autores (Minujin, 1992, 1993; Murmis y Feldman, 1992; Beccaria, 1993, Beccaria y López, 1996, Gutiérrez, 2004a, etc.). La pobreza dejó de ser así el producto de una crisis para constituirse en un problema estructural, resultado endémico de una nueva forma de funcionamiento económico. En ese marco, el crecimiento de las actividades con baja capacidad de absorción de mano de obra mostró la incapacidad de un modelo que desvincula crecimiento económico y desarrollo social (Benza y Calvi,

que a lo largo de prácticamente toda su historia, importantes sectores de la población mejoraron sustantivamente sus posiciones laborales y sus condiciones de vida.

² Sus características fundamentales fueron: privatización de las empresas públicas, apertura de la economía, liberación de los precios de los diferentes mercados, ajuste y saneamiento fiscal y reforma administrativa del sistema tributario.

³ Una primera ley de flexibilización laboral –que establecía diversas modalidades de contratación a tiempo determinado-, se sancionó en 1991. Éste fue el inicio de los cambios en la regulación en este campo, ya que simultáneamente comenzaron a tomar cuerpo otras propuestas tendientes a reducir los costos de trabajo derivados de las normas sobre indemnizaciones por accidente y despidos, que fueron finalmente aprobados durante 1995. (Beccaria y López, *op. cit.*) Con la implementación de estas reformas, el llamado “costo laboral” bajó un 62%, según las estadísticas oficiales del Ministerio de Trabajo. Por otro lado, se observó también un notorio aumento del empleo no registrado, que pasó del 26,5% en 1990, al 35% en 1999, y del subempleo, que en 2001 alcanzaba el 16,3%. (Svampa, *op. cit.*). Cabe agregar que la mayor parte de los puestos de trabajo creados en la década de 1990 corresponde a posiciones precarias, con bajas remuneraciones, sin cobertura social y con nula protección contra el despido.

2004) y que estalló con la crisis económica, social y política de diciembre de 2001. Para entonces, la pobreza llegó a afectar al 40% de la población del país.

Este escenario imponía tomar medidas urgentes, con el fin de aliviar las durísimas condiciones de la población, disminuir la conflictividad social (expresada en una gran diversidad de estrategias individuales y, sobre todo, colectivas, tales como asambleas barriales y otros movimientos vecinales, movimientos gremiales, piquetes y otras manifestaciones de protesta) y de ese modo asegurar la “governabilidad”. En un primer momento, se intentó paliar la situación utilizando el recurso de poder de la coerción, a partir de la represión de las distintas manifestaciones de protesta. Sin embargo, esas medidas no dieron el resultado esperado, desde el momento en que los conflictos se multiplicaban en diversos puntos del país. Es entonces cuando comienzan a diseñarse nuevos planes sociales focalizados sobre la población desempleada, como mecanismos de control estatal sobre los sectores populares movilizadas (Freyre, 2010).

Palomino, al entroncar el surgimiento en Argentina de las asambleas barriales con las protestas y las diversas experiencias desarrolladas en la segunda mitad de la década de 1990, sugiere resaltar dos aspectos: primero, que los movimientos contemporáneos no resultan tanto del quiebre del modelo político y económico prevaliente, sino que provienen fundamentalmente de las respuestas sociales a las consecuencias del funcionamiento de ese modelo; segundo, que el país vive un proceso de estancamiento económico prolongado desde 1975, “que contrasta agudamente con la experiencia histórica argentina, país que creció de manera casi ininterrumpida a lo largo de un siglo, entre 1880 y mediados de la década de 1970” (2003: 3)⁴.

La crisis de 2001- 2002 desembocó en la salida del modelo de convertibilidad (sustentado en la paridad peso-dólar), luego de poner en evidencia el agravamiento de las fallas estructurales del mercado de trabajo, una de cuyas consecuencias fue el crecimiento paulatino y sostenido de un sector informal-marginal frente a los empleos protegidos y de calidad (Salvia, 2005; Beccaria, 2006). Posteriormente, entre 2003 y 2008, la economía argentina creció a tasas considerables, logrando una reducción parcial de los indicadores de deterioro social acumulados durante el período anterior. El mercado laboral tuvo un papel fundamental en la reducción de la pobreza mediante ingresos, posibilitado por el crecimiento productivo y a la recuperación del empleo. Asimismo, se dio lugar a una importante transferencia de ingresos a través de programas sociales, jubilaciones y pensiones y empleos públicos. Sin embargo, esto no necesariamente logró revertir los procesos mencionados,

⁴ Kliksberg (2002) señala que en el marco de estos procesos, un país que en 1960 tenía un 53% de clase media, experimentó, durante la década de 1990 y en sólo 10 años, la transformación de siete millones de personas (el 20% de su población de clase media), en nuevos pobres.

particularmente en lo que a la estructura de mercado de trabajo se refiere (Salvia et al., 2008; Salvia y Pla, 2009).

1.2. Estado, trabajo y política social

Brevemente, puede decirse que, a lo largo de su historia, la política social argentina ha transitado por un proceso que ha tendido desde la integración-universalización de derechos, hacia la exclusión asistencializada que está implicada en las políticas focalizadas, para luego intentar recuperar los rasgos fundamentales de la situación perdida.

En efecto, el trabajo había asumido un lugar central en la reproducción de la vida social, y en su articulación con el desarrollo de la política social: fue la base y la condición de los derechos ciudadanos, en épocas de pleno empleo (Hintze, 2006). Pero, simultáneamente con el proceso de empobrecimiento mencionado, se fue avanzando por un camino de pérdida de derechos, respecto a la relativa universalidad precedente. Además, de la “crisis del Estado de Bienestar” y sus intentos de reforma se pasó a la producción del llamado “Estado de Malestar” (Bustelo, 1993)⁵. Y en ese marco, se transitó de una intencionalidad universalista e igualitaria hacia un asistencialismo compensatorio, en relación con dos momentos diferentes de la década de 1990: en la primera mitad, las políticas focalizadas se orientaron a la atención de la pobreza (a grupos biológicamente vulnerables: tratamiento de la desnutrición, asistencia a madres y niños, etc.); en la segunda mitad, los planes de empleo se presentaron para responder al acuciante problema de la desocupación, bajo distintas modalidades (subsidios directos a desocupados, sujetos a capacitación o contraprestación laboral, creación de empleo público temporal –pasantías- y subsidios a la creación de empleo en el sector privado) (Hintze, 2006).

Estas prácticas tienen consecuencias importantes en las estrategias de reproducción de las familias inmersas en la pobreza, en dos sentidos. En primer lugar, los

⁵ Es importante aclarar que el “Estado de Bienestar” sólo parcialmente llegó a instaurarse en la Argentina, dejando importantes áreas sociales y grupos de población sin cubrir (Minujin, 1993; Bustelo, 1993; Barbeito y Lo Vuolo, 1995, entre otros autores). Es más, visto desde los pobres (y más concretamente desde “la pobreza de las políticas contra la pobreza”, al decir de Lo Vuolo *et. al.*), el Estado de Bienestar era un ausente, o tenía una presencia circunstancial, fragmentada y/o acotada. Y precisamente, esa presencia parcial, desarticulada, ineficiente y burocrática del sector público, dio pie a un cuestionamiento global de la legitimidad de su accionar, y de este cuestionamiento se pasó a una política de desarticulación explícita. En otras palabras, no se trató de mejorar su funcionamiento para que cumpliera con efectividad y eficiencia su papel redistributivo y garante de equidad y universalidad de los derechos y necesidades básicas de la población, sino lisa y llanamente de eliminarlo. “No quiero que el Estado me dé una mano sino que me las saque de encima” fue uno de los *leit-motiv* de la visión “liberal” que, al imponerse, constituyó un paradigma compartido por personas pertenecientes a los más diversos sectores sociales (Minujin, 1993: 20).

beneficiarios de estas políticas se construyen a sí mismos no desde sus potencialidades (capitales objetivos e incorporados) sino desde el lugar del “sujeto carenciado”. Es decir, dominan ampliamente las apuestas realizadas desde las carencias que habilitan a conseguir diferentes tipos de ayudas estatales, que las sustentadas en las capacidades y, sobre todo, en los derechos a exigir, individual y colectivamente, la inserción plena en la sociedad. Y estos procesos cobran dimensiones mayores cuando se encuentran relacionados con prácticas clientelares, como lo han mostrado diversos autores (Auyero 2001 y 2002; Svampa, 2005; Lodola, 2005). En segundo lugar, y en otro ámbito de las estrategias, esta dinámica de la “ciudadanía asistida-focalizada” (Svampa, op. cit.) produce transformaciones en el modo de relacionarse las bases entre sí, fundamentalmente por el quiebre de los vínculos y de los lazos solidarios entre pares y entre esas bases y el poder político, mostrando con mayor crudeza las relaciones de dominación.

Ahora bien, siguiendo a Hintze (op. cit.), es necesario mencionar que al producirse la crisis de 2001-2002, emergió un nuevo contexto para re-pensar los derechos y la política social y, a partir de 2003, con la nueva orientación política y económica que se adopta desde el gobierno nacional, comenzaron a visualizarse otras estrategias del Estado para hacer frente al problema estructural del desempleo y de la pobreza. Así, frente a los discursos de focalización como garantía de equidad, se recupera entonces la universalización de derechos y comienzan a implementarse programas que intentan promover las formas asociativas y el trabajo autogestivo, propuestos a nivel discursivo como una reversión de la política social anterior (Hintze, op. cit.)⁶.

1.3. Viejos pobres y viejos nuevos pobres

Ya hemos señalado que el fenómeno de la pobreza no es nuevo en Argentina, y que, en un principio, su rostro urbano estaba localizado espacialmente en las “villas miseria”. En efecto, en las ciudades comienza a hacerse visible —a la par de lo que ocurre en la mayoría de los países de América Latina— después de la Segunda Guerra Mundial, fundamentalmente como resultado de dos procesos: una incipiente industrialización en áreas urbanas, y una sostenida mecanización del campo, que tienen fuerte incidencia en las corrientes migratorias rural-urbanas y en el surgimiento de los asentamientos precarios en los bordes de las grandes ciudades (Gutiérrez, 2004a).

En el marco de los procesos que he caracterizado brevemente, esos viejos pobres —en términos generales— se empobrecieron aún más, y, para 1980, se instalaron ya los “nuevos pobres” en la sociedad argentina, provocando la heterogeneización de una problemática que hasta entonces se mostraba relativamente homogénea.

⁶ Desde el discurso oficial y desde la formulación de una nueva política social, podemos decir que se intenta transitar desde un proceso de “des-ciudadanización” a uno de “re-ciudadanización” (Gutiérrez, 2012).

Comenzando alrededor de 1975 y durante la década de 1980, los nuevos pobres surgen en gran medida como consecuencia del impacto de sucesivos procesos inflacionarios e hiperinflacionarios sobre el ingreso: así,

la nueva pobreza fue en sus comienzos el resultado de una contracción salarial más que de una pérdida de lugar en el mundo del trabajo, como en Europa occidental (Kessler y Di Virgilio, 2008: 38).

En la década posterior, en cambio, las filas de los nuevos pobres se ven engrosadas por: el aumento del desempleo, la distribución del ingreso que afectó en mayor medida a los trabajadores menos cualificados, aunque también a los estratos medios bajos, y la creciente inestabilidad de los puestos de trabajo, que perjudicó primero a los menos calificados y se extendió luego a los más calificados (Ibidem).

De alguna manera, puede decirse que la imposición de un modelo de “modernización excluyente” (Barbeito y Lo Vuolo, *op. cit.*), impulsó la dualización de la economía y de la sociedad. El nuevo orden social argentino mostraba la creciente polarización entre los “ganadores y perdedores” de ese modelo (Svampa, 2001:18) y comenzaba a debilitarse el mito del progreso indefinido asociado a la idea de una clase media fuerte.

Se derrumbó entonces la percepción cultural tradicional que consideraba al trabajo aplicado, el esfuerzo, el ahorro y la educación como vectores hacia el ascenso social. Las nuevas condiciones de vida pusieron en crisis los núcleos de sentidos y prácticas de amplios sectores de la población del país. El descenso social fue acompañado por transformaciones en las prácticas de consumo —con una fuerte disminución en el gasto de recreación y esparcimiento— y en las relaciones familiares, junto a la incorporación y fortalecimiento de nuevas estrategias: comedores y roperos comunitarios, clubes de trueque, y la emigración como camino para escapar a esas desfavorables condiciones.

Por otro lado, se observó también un fortalecimiento de las redes tradicionales de intercambio (familiares, de amistad, de vecinos) y de las redes religiosas como reacción y efecto de los procesos impuestos de segregación residencial y de precarización de las condiciones de reproducción social (educación, salud y previsión social). Junto a ello, se ha visualizado también un creciente autoaislamiento de los sectores pobres frente a los sectores medios y al resto de la estructura social dominante (mercados, circuitos y valores cada vez más globalizados) como un mecanismo de tipo estratégico-defensivo (Salvia, 2005).

El empobrecimiento general, y la ya vieja presencia de pobres estructurales y de nuevos pobres y empobrecidos en el espacio social argentino, implican sin duda una serie de desafíos en el campo de los estudios sobre la pobreza. Fundamentalmente, se plantea la necesidad de generar herramientas analíticas que permitan dar cuenta de la heterogeneidad de las condiciones en las que viven numerosas familias, a la vez que habiliten la posibilidad de conocer los lazos y los mecanismos de relación con quienes ocupan otras posiciones en ese mismo espacio social.

2. Pobreza y redes sociales en Malvinas Argentinas

Asumiendo esos desafíos, voy a presentar aquí algunos resultados de un conjunto de investigaciones⁷ que se están llevando a cabo bajo mi dirección en una localidad pobre de la provincia de Córdoba, Argentina. Los estudios centran la atención en los distintos tipos de redes sociales que involucran a las familias pobres de esa localidad, que les permiten establecer lazos entre sí y con otros agentes e instituciones del espacio social y que, de ese modo, comprometen sus estrategias de reproducción. En este artículo haré referencia a dos ámbitos específicos de esas prácticas: el de las estrategias habitacionales y gestión del hábitat y el de las prácticas religiosas y redes con iglesias protestantes.

2.1. Malvinas Argentinas: ciudad dormitorio de pobres

Malvinas Argentinas se encuentra ubicada en el sector noreste de la Región Metropolitana del Gran Córdoba, a 16 kilómetros de la capital provincial. Nació como un paraje o caserío a la vera del ferrocarril en el siglo XIX, aunque fue en las dos últimas décadas del siglo XX cuando cobró impulso la radicación de la población y se observó una marcada reactivación en la venta de lotes, constituyéndose en municipio en 1984. Está atravesada por dos rutas, la ruta nacional N° 19 y la ruta provincial A 188, que dividen a la localidad en tres secciones: la primera, surgida con el asentamiento de agricultores en la década de 1940, con una presencia importante de inmigrantes extranjeros, principalmente españoles, italianos y polacos; la segunda, comienza a conformarse entre 1950 y 1960, con la llegada de inmigrantes, especialmente de la ciudad de Córdoba y alrededores, en su mayoría empleados precarizados; y la tercera sección, fruto de la tercera corriente migratoria -y la de mayor impacto poblacional- producida en la década de 1980, y protagonizada por pobres urbanos provenientes de la ciudad capital y de los países limítrofes, fundamentalmente de Chile y de Bolivia.

Las tres secciones de la localidad tienen su origen en la división en lotes de dos haciendas, “Villa Progreso” y “La Floresta”, aprobados en 1940 y 1947 respectiva-

⁷ Esas investigaciones son: “Las organizaciones sociales en las estrategias de reproducción social de familias pobres residentes en Malvinas Argentinas”, a cargo de Verónica Tesio (becaria del CONICET), “Los programas sociales de empleo y sostenimiento de ingresos y su papel en las estrategias de reproducción social de familias pobres: un estudio de caso en una localidad cordobesa”, a cargo de María Laura Freyre (Becaria del CONICET); “Las iglesias protestantes en la Argentina y sus fieles. Un estudio de caso”, a cargo de Julieta Capdevielle (Becaria del CONICET) y “Las redes sociales en la producción y reproducción de la pobreza”, a mi cargo de Alicia Gutiérrez (investigadora independiente del CONICET) Todas ellas, junto a otros proyectos que toman otros referentes empíricos, forman parte del programa de Investigaciones: “Reproducción social y dominación: la perspectiva de Pierre Bourdieu, bajo mi coordinación, en el Centro de Investigaciones de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad Nacional de Córdoba.

mente, aunque la principal radicación de población comenzó en 1970 y se reactivó aún más a mediados de la década de 1980, como resultado conjunto de una ola inmigratoria importante y de la actuación de una empresa inmobiliaria que compró una gran cantidad de lotes y dinamizó su comercialización, llegando a vender unos 30 terrenos mensuales. El asentamiento de las primeras familias comienza gracias a las facilidades brindadas para la obtención de la tierra: cuotas accesibles, amplias opciones de compra, adquisición inmediata, cercanía a la ciudad capital y posibilidad de construcción sin plano de la vivienda. Sin dudas, también incidieron en la activación del mercado inmobiliario de Malvinas, las políticas urbanas de la Municipalidad de Córdoba, que en la ciudad capital exigen, para la aprobación de loteos, inversiones en redes de infraestructura tales como agua, energía eléctrica, gas, y en algunos casos asfalto y teléfono, exigencias que no existen en Malvinas y que en parte también explican las diferencias del precio del suelo urbano, en relación con otros barrios populares de Córdoba (Tecco y Bressan, 2003).

El crecimiento y expansión de Malvinas Argentinas se inserta en el proceso de cambios en la dinámica y estructura de la ciudad de Córdoba. Pero también, desde luego, ello ocurre en el marco de los procesos descritos en la primera parte de este artículo, de empobrecimiento general y de incorporación de nuevos grupos al universo de la pobreza.

En efecto, en la ciudad capital de la provincia, en las tres últimas décadas del siglo XX, tuvo lugar un fenómeno poblacional de tipo centrífugo. De manera diferente al proceso de *contraurbanización* (Champion, 1989), característico de los países centrales en la década pasada, la migración reciente se produjo hacia áreas periféricas, extendiéndose mucho más allá de los límites administrativos de la ciudad principal, y abarcando a numerosas localidades satélites. El crecimiento de esta periferia involucró no sólo a las clases medias y altas, sino también a viejos y nuevos pobres urbanos, quienes se ubicaron en zonas caracterizadas por la falta de servicios y de infraestructura básica (agua, luz, transporte, etc.) y por los bajos costos de la tierra, conformando un proceso que se ha dado en llamar de periurbanización o suburbanización (Capdevielle, 2013)⁸.

Precisamente, Malvinas Argentinas constituye un claro ejemplo de un determinado tipo de asentamiento urbano consolidado especialmente desde mediados de

⁸ Siguiendo a Capdevielle (*op. cit.*), señalemos que en el caso particular de la ciudad de Córdoba, el espacio periurbano se conforma como un anillo irregular, compuesto por “mosaicos” de diversos tipos entre los cuales existen superficies vacías cuyos propietarios especulan con el precio futuro del suelo. En este anillo –irregular y discontinuo– se localizan una variada gama de asentamientos urbanos: villas de emergencia, barrios-ciudad, barrios populares consolidados (resultantes tanto de loteos económicos y autoconstrucción como de planes estatales de vivienda), nuevas *urbanizaciones de elites* (Torres, 1998) o *guetos de la riqueza* (Valdez, 1998), áreas de recreación, zonas industriales, depósitos y centros de carga, etc. De alguna manera, puede decirse que esos “mosaicos” constituyen la cara visible espacialmente, de la modernización excluyente a la que hice referencia más arriba.

1975 y a lo largo de las dos décadas siguientes (un caso particular de lo posible, siguiendo la premisa bachelardiana): por un lado, presenta graves deficiencias en infraestructura y equipamientos, carece de dinámica económica propia y es altamente dependiente de la ciudad de Córdoba, pero, al mismo tiempo, como se ha mencionado, ofrece ventajas para las condiciones de vida de sus habitantes, principalmente por su cercanía a dicha ciudad (que funciona como centro de abastecimiento y de trabajo) y por el costo accesible del suelo y de la vivienda⁹. Por estas razones se constituyó en un centro receptor de población de menores ingresos, fundamentalmente sectores pobres y empobrecidos provenientes de la capital provincial, cobrando así características de “ciudad dormitorio de pobres.” (Tecco y Bressan, *op. cit.*).

En efecto, como muestran los datos del Censo Nacional de Población de 2001, Malvinas Argentinas contaba entonces con 8 628 habitantes, una cantidad que implicaba un 67% más alto que la del Censo Nacional de 1991 (5 160 habitantes). Según información de una encuesta realizada en 2004, para ese año, la localidad contaba con 12 576 habitantes, de los cuales, el 41,5 % nació allí, el 58,5 % inmigró de otros lugares y de estos últimos el 81,8 % provino de Córdoba Capital. Los años de mayores flujos de población fueron los períodos 1996-2000 y 2001-2004, una década que contabiliza casi la mitad de la inmigración registrada en el intervalo 1980-2004. Esa población habita un total de 2 756 viviendas, con un promedio de 4,5 personas por vivienda (para la provincia y para la nación este promedio alcanza al 3,4 y 3,6, respectivamente) (Moughty *et. al.*, *op. cit.*).

Según esa misma encuesta, en 2004, el 68% de la población no trabaja y de ella, el 4,5% son jubilados. La población ocupada, por su parte, se distribuye entre las siguientes categorías: obreros o empleados (35%), trabajadores por cuenta propia o patronos (16%) y trabajadores precarios (50%). Más precisamente, en ese año trabajaban 1,5 personas por hogar¹⁰, mientras el ingreso mensual medio por hogar ascendía a \$ 514¹¹ (Ibidem).

⁹ Malvinas Argentinas cuenta con numerosos locales destinados a comercio y servicios, algunos de los cuales pagan impuestos y por ello están registrados, mientras que otros permanecen en la informalidad. El auge de estos locales es consecuencia de la crisis de 2001-2002, cuando muchos habitantes se quedaron sin trabajo y recibieron algún tipo de indemnización que fue destinada a finalidades comerciales (Moughty *et. al.*, 2005: 22).

¹⁰ Un grupo importante de familias completa sus ingresos a través de planes sociales nacionales y provinciales. Según datos de la Secretaría de Desarrollo Social de Malvinas Argentinas, en el año 2008 se distribuían a nivel municipal como gestor de planes nacionales, 50 PJJHD (Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupados), 456 Plan Familias, 9 PEC (Programa de Empleo Comunitario) y 5 proyectos “Manos a la obra”. Además, existen familias que reciben planes sociales de origen provincial que se distribuyen a través del Ministerio de Desarrollo Social de la Provincia de Córdoba. (Freyre, 2013).

¹¹ Equivalentes, aproximadamente, a 172 dólares.

Finalmente, señalemos que del 68% de población sin necesidades básicas insatisfechas (NBI) según datos del Censo nacional de Población de 2001, se pasa a un 60% en el 2004, como así también del 75% de hogares sin NBI se desciende al 68%: es decir, se observa un empeoramiento de las condiciones generales de alrededor de 8 puntos en el breve lapso de tres años. (Ibídem).

2.2. Capital social y estrategias familiares en la pobreza

Al analizar las distintas redes sociales que involucran a las familias pobres de Malvinas Argentinas, utilizamos como herramienta analítica clave la noción de capital social¹², tomando la conceptualización de Bourdieu, en términos de:

conjunto de recursos actuales o potenciales que están ligados a la posesión de una *red duradera de relaciones* más o menos institucionalizadas de interconocimiento y de inter-reconocimiento; o, en otros términos, a la *pertenencia a un grupo*, como conjunto de agentes que no están solamente dotados de propiedades comunes (susceptibles de ser percibidas por el observador, por los otros o por ellos mismos) sino que están también unidos por *lazos* permanentes y útiles (Bourdieu, 1980: 2 –subrayado del autor–).

El capital social está ligado a un círculo de relaciones estables que son el producto de estrategias de inversión social no necesariamente conscientes, aunque objetivamente orientadas “hacia la institución o reproducción de relaciones sociales directamente utilizables, a corto o a largo plazo” (Ibídem).

En otras palabras, sería el conjunto de relaciones sociales que un agente –o grupo de agentes- puede movilizar en un momento determinado, que le pueden proporcionar un mayor rendimiento del resto de su patrimonio (los demás capitales, económico y cultural especialmente). Además, son también una fuente de poder, y por ello constituyen “algo que está en juego” (enjeu), que se intenta acumular y por lo cual se está dispuesto a luchar.

¿Qué ventajas proporciona la utilización de esta noción en el análisis de las redes sociales y las estrategias familiares en la pobreza?¹³

A) El capital social es uno de los tipos de recursos utilizables por las familias pobres para crear y poner en marcha distintos tipos de prácticas, que les permitan hacer frente a su reproducción social, como se ha demostrado empíricamente en muchas oportunidades, desde los clásicos análisis de Lomnitz (1978, 1979).

¹² Esta noción ha generado numerosos e intensos debates en el campo de las ciencias sociales, muchas veces desde teorías de la acción completamente opuestas, que he retomado y discutido en otro lugar (Gutiérrez, 2005 y 2008).

¹³ En Gutiérrez, 2005, señalo detalladamente las capacidades heurísticas del concepto, focalizando su dimensión doblemente relacional (Baranger, 2000).

B) Al ser una de las especies de capital, constituye uno de los recursos que posicionan a las familias en el espacio social global, cuya totalidad constituye lo que Bourdieu llama “volumen y estructura del capital”, principio de definición de posiciones en ese espacio y, con ello de construcción de las clases sociales. Nos encontramos así con un instrumento analítico que, por un lado, permite definir márgenes de acción para agentes individuales o colectivos (familias, organizaciones) que viven en la pobreza y que, por otro, nos recuerda la dinámica de la reproducción de las clases en su conjunto: reproducción simultánea pues, de la pobreza y de la no-pobreza (y de la riqueza) y de los mecanismos de dominación-dependencia.

C) Por último, constituye una herramienta fundamental para construir distintos tipos de redes sociales que construyen las familias pobres, al desplegar sus estrategias de reproducción:

Por un lado, las redes que enlazan a “pobres” y “no-pobres” que, al articular modos de reproducción diferentes, pueden reforzar las relaciones de poder implicadas. Redes de este tipo son aquellas que establecen lazos con instituciones tales como ONGs, iglesias, comedores, escuelas, etc. Ello significa que están compuestas por agentes (individuales y colectivos) que ocupan posiciones diferentes en el espacio social (no son sólo familias pobres), que tienen trayectorias sociales también distintas y que, por ello, ponen en juego apuestas y capitales diferentes en esas redes.

Por otro lado, las redes que involucran sólo a familias “pobres”. Aquí es fundamental analizar la importancia que adquieren dos tipos de mecanismos: la concentración y monopolización del capital social colectivo (que incluye estrategias de transmisión hereditaria, familiar y comunitaria) y la inversión/reconversión en otras especies de capital, como el capital militante, en el sentido de Matonti y Poupeau (2005). Aquí se contempla, especialmente, el análisis de las organizaciones colectivas, tales como las cooperativas, por ejemplo, que, aún cuando funcionen como “cuerpo” en sus estrategias hacia el exterior, tienden a funcionar como “campo” hacia su interior, es decir como espacios de luchas por acumular el capital específico que allí se juega.

2.2.1. Capital social colectivo y gestión del hábitat: dos tipos de redes tras el mismo programa habitacional

El Hornero y Nicolás de Bari son dos barrios de Malvinas Argentinas surgidos en el marco de un proceso de relocalización -política pública mediante- de diversas familias residentes en “villas” y barrios pobres¹⁴ de la ciudad de Córdoba. Uno de

¹⁴ Las “villas” o “villas miseria” de Argentina son aquellos asentamientos ubicados preferentemente en los bordes de las ciudades, que tuvieron su origen en la migración rural-urbana, a los que hice referencia más arriba. Los barrios pobres o empobrecidos alojan especialmente a familias que, en el marco del proceso de empobrecimiento, sufrieron la fuerte desvalorización de su salario y/o la desocupación.

los programas de este proceso es “Mi casa, mi vida”, que comenzó su ejecución en octubre de 2003 y, específicamente en la localidad, los planes de vivienda se inauguraron en marzo de 2004, comprometiendo el asentamiento de 131 familias, vinculadas a dos organizaciones: la Cooperativa de Vivienda, Crédito y Consumo “El Hornero” S. R. L. y la Asociación Civil “Nicolás de Bari”.

Si bien estas experiencias organizativas presentan características comunes (en la medida en que ambas constituyen modos de articulación de políticas públicas con las poblaciones a las que están destinadas, y, en ese sentido, modos –aunque diferentes– de gestión de la demanda habitacional), pretendemos aquí señalar sus diferencias. Esas diferencias se asocian a los recursos de las familias “beneficiarias” en un doble sentido: primero, remiten al volumen y estructura del capital de cada una de ellas (especialmente nivel de ingresos, ocupación y escolarización formal de sus miembros); segundo, se refiere al capital social colectivo –del que indudablemente forman parte esas mismas familias– representado por la organización que lleva adelante el proceso de gestión del hábitat, y que constituye el foco de este análisis¹⁵.

La Asociación Civil “Nicolás de Bari” nace con objetivos ligados a la problemática habitacional, comprometiendo a un grupo de familias residentes en el barrio José Ignacio Díaz, de la ciudad de Córdoba, en 1994. De tal manera, esta organización es producto de una red social primaria¹⁶ que refuerza sus prácticas en un proceso de acumulación de capital social colectivo, recurso que comienza a institucionalizarse a partir del contacto tomado con una ONG, CECOPAL.

Estamos entonces ante una nueva escena social, en la que se va construyendo una red de intercambio de reciprocidad indirecta especializada, entre la red social primaria de las familias y la ONG; es decir, una red que, en algún sentido, articula diferentes modos de reproducción: el de los pobres en la pobreza y el de los no-pobres en sus propios espacios de juego (Gutiérrez, 2004a). Este tipo de red supone la existencia de recursos propios (unos y otros, pobres y no-pobres son especialistas en especies diferentes de capital) que adquieren valor (en este caso) en la efectivización del intercambio del capital social colectivo en posesión de la asociación, por el capital cultural proveniente de CECOPAL, y que se pone en marcha en las distintas prácticas ligadas al asesoramiento legal y técnico que implica toda la primera

¹⁵ En términos generales, las familias de “El Hornero” (EH) están más capitalizadas que las de “Nicolás de Bari” (NB), demostrando poseer más capital económico (los ingresos familiares oscilan entre 300 y 2 000\$ en EH, frente a un rango de 150 a 1 400\$ en NB; hay menos familias que reciben planes sociales (8 de EH y 17 de NB); ocupaciones ligeramente más calificadas, aunque en un universo donde predominan ampliamente las ocupaciones de menor calificación) y capital escolar (en EH predomina el nivel secundario incompleto, frente a nivel primario completo de NB). En EH por otra parte, las viviendas (que fueron recibidas en las mismas condiciones materiales) han sido mejoradas en su casi totalidad, frente a muy pocos casos de NB. (Gutiérrez, 2004b).

¹⁶ La red incorpora luego, en relación al núcleo inicial, familias provenientes de otros barrios cordobeses, fundamentalmente a través de vinculaciones entre parientes.

parte del proceso de gestión del hábitat: búsqueda, compra y escrituración de los terrenos para 61 familias. Esta red se reestructura, a partir del año 2000, con el ingreso de un nuevo protagonista del campo asociativo, la ONG SEHAS, que viene a ocupar la posición en la red que antes tenía CECOPAL.

La reestructuración de la red supone una modificación del contenido cualitativo de los bienes y servicios que el intercambio implica para la Asociación Nicolás de Bari. Ahora las estrategias que se desarrollan en ese marco superan las expectativas habitacionales –sin agotarlas–, y comienzan a insertarse en un espacio político más amplio. Es decir, con la llegada de SEHAS, las estrategias habitacionales se vinculan con otras más específicamente relacionadas con la construcción de un determinado tipo de militancia política, generando una serie de estrategias colectivas; así, no es casual que el mecanismo por el cual cada asociado elige la ubicación de su vivienda en el lote, remita a una suerte de orden de mérito fundado en un puntaje asignado por la organización colectiva, que prioriza la participación en las movilizaciones que reclaman al gobierno provincial el cumplimiento de las promesas negociadas en el marco de la UOBDS¹⁷.

En el caso de la Cooperativa “El Hornero”, la escena social se va estructurando de otra manera: El Plan El Hornero II puesto en marcha en Malvinas Argentinas, parte de una convocatoria amplia, realizada por una organización ya constituida, con una experiencia previa en esas prácticas (El Plan El Hornero I), que pretende asociar a distintos interesados en el acceso a vivienda propia, de una diversidad de barrios de la capital cordobesa e incorporar, incluso, a familias ya residentes en la localidad.

La red que da lugar a la Cooperativa El Hornero nace en 1990, a partir de un grupo de personas que trabajaban en comunidades eclesiales de base y vivían en la Villa “Costa del Canal”, lindante con el Barrio Liceo, ambos de la ciudad de Córdoba.

Institucionalizada como Cooperativa de Vivienda, Crédito y Consumo en 1991 y con una participación activa en la UOBDS desde 1993, la red compró la tierra para el primer Plan de Viviendas (El Hornero I), con un subsidio del estado provincial, en el barrio Jorge Newbery de la ciudad de Córdoba. Dos años después había logrado realizar los primeros pasos de una infraestructura urbana que habilitaba a gestionar un crédito en el Instituto Provincial de la Vivienda (IPV), que, efectivizado en los comienzos del año 2000, permitió la construcción de las casas de las familias integrantes de la red.

¹⁷ La Unión de Organizaciones de Base por los Derechos Sociales fue una organización popular colectiva, que tuvo una presencia pública muy importante en las décadas de 1980 y 1990 como representante de los sectores más golpeados por las sucesivas crisis y que sostenían sus reclamos frente a los sucesivos gobiernos provinciales. La Asociación Civil Nicolás de Bari, formó parte de ella hasta su división, luego de la cual pasó a conformar el Movimiento de Organizaciones de Base.

Este segundo plan de viviendas, y el primero en Malvinas Argentinas, comprometió a 70 familias. La tierra fue adquirida con el aporte de los propios integrantes de la red quienes, en la cuota societaria aprobada en asamblea, incluían, además, un importe para ser adjudicado a las obras de infraestructura urbana y otro para ser destinado al pago de honorarios para los consejeros que llevaban adelante más directamente las tareas de gestión del hábitat.

La historia acumulada por la Cooperativa El Hornero supone un capital social colectivo más antiguo y fundado en experiencias más diversificadas que las de la Asociación Civil Nicolás de Bari. Junto a una igual experiencia en el campo político, también en el marco de la UOBDS –aunque con raíces anteriores, por la participación en comunidades eclesiales de base–, la Cooperativa El Hornero acumula también una cierta legitimidad y un saber-hacer reconocido, asociados a la gestión y a la administración de planes de vivienda, a partir de su exitosa experiencia anterior en un barrio cordobés.

Ambas redes sociales representan dos modos distintos de gestión del hábitat popular, fundados en trayectorias diferentes de acumulación de capital social colectivo, que, por lo tanto, muestran sus especificidades en cada caso:

La red que representa la Cooperativa “El Hornero” asume un modo de funcionamiento que podríamos llamar de gestión gerencial-empresarial del hábitat. En primer lugar, el capital social colectivo constituido por los residentes del barrio El Hornero II de Malvinas Argentinas, viene a sumarse al que ya tenía consolidado la Cooperativa, a través de la implementación de El Hornero I en la ciudad de Córdoba; en segundo lugar, la incorporación de estos nuevos socios posibilita a la organización colectiva la acumulación de capital simbólico en dos momentos y en dos sentidos diferentes: por un lado, refuerza su potencial de negociación frente al Estado, tanto a nivel provincial, como a nivel municipal, luego, con la concreción exitosa del plan, ese capital se fortalece aún más en términos de “legitimidad” y de “saber-hacer” en el campo de la gestión de la demanda habitacional, y le permite posicionarse como agente privilegiado del sub-campo de la producción¹⁸, lo que tiende a reforzar aún más su modo de funcionamiento gerencial o empresarial¹⁹. Por supuesto, para las nuevas familias que se asocian, ese capital social colectivo constituye la base para acceder al programa de vivienda y urbanización, y a sus posibili-

¹⁸ De hecho, en 2005 comienza la ejecución el Plan El Hornero III (que involucra a 300 familias) y comienza a conformarse El Hornero IV, que compromete a “beneficiarios” que tienen un mayor poder adquisitivo. Ambos planes se desarrollan en Malvinas Argentinas.

¹⁹ Una particularidad interesante y que alude a los perfiles diferentes de ambas organizaciones colectivas, es que mientras la mayor parte de las familias del barrio El Hornero II se enteraron de la oferta de vivienda a partir de folletos, la totalidad de las residentes en Nicolás de Bari comentan que lo hicieron a través de contactos con personas, parientes fundamentalmente, pero también amigos, que les brindaron las primeras informaciones antes de acercarse a la institución.

dades de financiamiento, en virtud de la exigencia operativa de pertenencia a una organización colectiva reconocida como tal por el Estado.

En el caso de Nicolás de Bari, en cambio, se asume más bien un modo de funcionamiento ligado a la gestión militante del hábitat, que parte del reconocimiento de las potencialidades de la participación política y social como estrategia de superación de las condiciones de pobreza en las que se encuentran²⁰.

Aquí se trata de un capital social colectivo de base local-territorial, acumulado en torno a importantes relaciones de parentesco y de amistad, reforzadas por relaciones de vecindad, y en cuya acumulación es fundamental el papel de mujeres-gestoras de estrategias colectivas. Una vez institucionalizado, permitió la conformación de dos redes de intercambio sucesivamente con dos ONGs, redes que suponen la transferencia de distintas formas de capital, además de hacer posible el ingreso al Programa: CECOPAL supuso la obtención de asistencia legal y técnica, que habilitó luego la transferencia de subsidios para la compra de tierras y para la posterior construcción de las viviendas; SEHAS, implica también la transferencia de capital cultural, pero que, en este caso, exceden la cuestión habitacional: se realizan actividades ligadas a las problemáticas de género, de jóvenes y de capacitación de líderes, lo que permite también la consolidación del capital social colectivo en términos de “saber hacer” y “saber moverse”, y refuerza de este modo las posibilidades de negociación con el municipio, en torno a los servicios públicos locales, y, potencialmente, con otros agentes e instituciones. En este caso, la consolidación del capital social colectivo permite su reconversión, al menos en parte y para la dirigencia de la asociación, en una suerte de “capital militante” (Matonti y Poupeau, op. cit.), recurso fundamental para participar y actuar en el campo político.

2.2.2. Familias y espacios religiosos. Dos tipos de redes: iglesias pentecostales y Hermanos Libres²¹.

Las redes de intercambio marcan la pertenencia al espacio religioso, lo introducen al sujeto en las prácticas y saberes de la iglesia, lo vuelven un miembro activo. Los fieles participan de las redes de múltiples maneras por medio de la ofrenda, limpiando, sirviendo el té en las reuniones generales, cuidando a los niños, pintando, manteniendo el jardín”, involucrándose en procesos

²⁰ Ello se desprende también del discurso de la misma asociación expresado en la primera Expo-feria de Malvinas Argentinas, en agosto de 2005: “Somos familias que provenimos de distintos barrios de la ciudad de Córdoba, familias que, al no tener una vivienda propia, nos propusimos organizarnos y comenzar a luchar por el derecho que nos corresponde” (Folleto de la Asociación Civil Nicolás de Bari).

²¹ Desarrollos más explícitos del contenido de este apartado, junto al marco teórico-metodológico de la investigación en marcha, se encuentra en Capdevielle, 2010, y, sobre todo, en Capdevielle, 2013.

que implican intercambio, reconocimiento mutuo y reconocimiento de la pertenencia a un grupo (Capdevielle, 2010: 15).

Malvinas Argentinas cuenta con una activa vida religiosa, integrada por una multiplicidad de grupos: Católicos, Adventistas del Séptimo Día, Los Santos de los últimos Días –conocidos como mormones–, Hermanos Libres y pentecostales²². La iglesia católica de la localidad cuenta dos capillas y varios colegios primarios donde se llevan a cabo actividades de catequesis, además de guarderías sostenidas por CARITAS y la Municipalidad. El catolicismo aparece controlado por las familias que ocupan las posiciones dominantes dentro de la localidad, mientras que las iglesias pentecostales son la opción de las familias más pobres. Estas iglesias congregan familias que, en promedio, poseen menos recursos económicos y culturales que las que participan en las iglesias católicas y la de los Hermanos Libres (Capdevielle, 2013).

Al interior de las congregaciones religiosas evangelistas analizadas en Malvinas Argentinas, se detectan dos tipos de redes: las redes pentecostales que unen a agentes que ocupan la misma posición en el espacio social (pobres con pobres) y las redes más capitalizadas de la iglesia de los Hermanos Libres, que ligan las prácticas de pobres con no-pobres.

Las iglesias pentecostales, presentes en la localidad desde 1990, constituyen escenas sociales donde tiene lugar un doble movimiento: por un lado, el fortalecimiento de las redes tradicionales de intercambio y, por el otro, la ampliación de esas redes a otros espacios. Viejas y nuevas redes se entrelazan de algún modo. En efecto, en el marco de una estructura flexible, se utilizan las redes familiares pre-existentes para la apertura de nuevas sedes, la multiplicación de casas de oración y casas anexas, y la formación de nuevos líderes, hechos que contribuyen a constituir al espacio religioso como lugar de crecimiento, pertenencia e identidad. A través de estas tramas, las familias que participan dan respuestas a múltiples necesidades y problemas: el capital social colectivo es reconvertido entonces –en múltiples oportunidades– en forma de apoyo (servicios) utilizados en la gestión de diversos trámites en entidades públicas como hospitales, dispensarios, la Municipalidad y, también, en el cuidado de niños y ancianos.

Es decir, el vínculo religioso permite crear redes de reciprocidad caracterizadas por una intensa solidaridad entre los creyentes, pero sin excluir la participación en

²² Según los relevamientos de nuestro equipo de investigación, en la tercera sección de la localidad, la mayoría de los hogares (89%) manifestó profesar alguna religión, especialmente católica (82%), aunque en estos casos su participación está vinculada sólo a las ceremonias de liturgia y sacramentos. Entre quienes manifestaron profesar otros cultos se evidencia un mayor grado de compromiso, expresado en la participación directa con las prácticas propuestas por la iglesia (llegando incluso a trasladarse periódicamente a Córdoba, especialmente quien se congregan en MEDDEA o iglesias evangélicas).

otras redes sociales por fuera de la institución religiosa. Aquí la solidaridad se fundamenta en la confianza y tiene una doble base objetiva: ocupar la misma posición en el espacio social global y en el interior de la congregación, es decir, como pares en la estructura jerárquica de la iglesia.

Otra dimensión de este capital social colectivo es la que lleva a captar la dinámica interna del espacio de las congregaciones, como espacio de juego, de apuestas y de luchas. Al interior de la institución religiosa, los agentes están dotados de distintas especies de capital y han incorporado distintas trayectorias, lo que los ubica en posiciones diferenciales, que conceden sólo a algunos el poder de la enunciación, de la toma de decisiones, la capacidad de gestión y el manejo de determinados recursos: es el pastor, por ocupar la posición dominante, el que canaliza y gestiona la ayuda (capital económico bajo diversas formas) entre los integrantes de la comunidad.

Es decir, y siguiendo a Lomnitz (1978), es posible construir dos tipos de redes: las redes entre iguales –igualdad de carencia e igualdad en el interior de la congregación–, y redes verticales, que ponen en relación a miembros de la congregación que ocupan posiciones diferentes en la jerarquía de la Iglesia.

Por otro lado, el hecho de participar en el capital social colectivo de las redes pentecostales no produce la misma rentabilidad en todas las situaciones. Las redes sociales pentecostales son agentes de movilidad social ascendente sólo en casos de extrema pobreza. (Roberts, 1968, Míguez, 2001). Pero no sucede lo mismo cuando los agentes involucrados en la red han superado el escalón más bajo de la estructura social: en estas situaciones las demandas de inversión en tiempo y esfuerzo necesarias para el mantenimiento de las redes religiosas tienden a superar los beneficios (Míguez, *op. cit.*)

El crecimiento y éxito de los pentecostales, en alguna medida, invisibilizó la presencia de otras minorías dentro de los grupos protestantes, entre ellas la agrupación de los Hermanos Libres, presentes en Malvinas Argentinas desde 1998.

La diferente posición de clase entre los líderes y los fieles en esta iglesia genera una característica fundamental que adquieren aquí las redes de intercambio que se pueden construir. En efecto, los líderes de la congregación provienen de sectores de clase media universitaria (desde la llegada de los primeros Hermanos Libres al país), dotados de mayor volumen de capital económico y, sobre todo, cultural, que los fieles, que pertenecen a sectores más bajos desde el punto de vista económico y cuyos niveles de escolarización formal llegan a los estudios secundarios completos sólo en algunos casos.

De esta manera, las posiciones sociales entre líderes y fieles son diferentes en un doble sentido: en el sentido del lugar que se ocupa en el espacio social global, y en el del lugar que se ocupa en la división de trabajo de producción religioso (Maduro, 1980) que divide a los agentes entre los especialistas que tienen “la competencia específica” y los “saberes secretos” para ejercer su función (capital religioso legitimado) y los laicos que, desprovistos de esas competencias, se encuentran en una posición dominada, legitimando el ejercicio y la posición de los primeros (Bourdieu, 1971).

Sin embargo, es precisamente esta característica la que permite la existencia de redes de intercambio que, en su conjunto, están más capitalizadas que las que tienen lugar en la iglesia pentecostal. Aquí, las redes sociales enlazan las prácticas de pobres con no-pobres, y permiten a los primeros obtener, por ejemplo, un trabajo estable (en fábricas o como empleadas domésticas) que posibilita planificar a más largo plazo y estructurar de una manera diferente sus estrategias de reproducción social. El capital social colectivo de estas redes puede reconvertirse en conocimiento (capital cultural) o en un ingreso regular relativamente estable (las “referencias” constituyen capital social objetivado de uso individual, susceptible de ser reconvertido en capital económico bajo la forma de “trabajo”).

Otras estrategias destacables en esta iglesia se caracterizan por formar parte de un proceso de adaptación a las necesidades de los fieles, como una suerte de búsqueda institucional por llegar a la población de Malvinas Argentinas, ampliando su público, expresadas en la reestructuración de las reuniones o de los temas abordados y en el lenguaje utilizado en ellas. Estos cambios fueron acompañados de un conocimiento personalizado de las necesidades de cada fiel por medio de la oración y la visita a los hogares.

De este modo, el capital social colectivo ligado a la pertenencia a la iglesia de los Hermanos Libres posee un mayor grado de rentabilidad que el que provee la iglesia pentecostal. Sin embargo, este capital posee también el límite de la visión institucional de la iglesia frente a la problemática de la pobreza: reduciendo este fenómeno social a una cuestión moral, naturaliza y, en alguna medida, justifica su existencia y olvida la génesis social de su producción (Capdevielle, 2010).

3. A modo de cierre

En estas páginas he tratado de mostrar, en primer lugar, que el fenómeno de la “nueva pobreza” no es nuevo en Argentina. En efecto, un conjunto de factores incidieron para que el país comenzara a vivir un proceso sostenido de empobrecimiento, que implicó el desplazamiento al universo de la pobreza, de importantes sectores de la población que lo desconocían o que, habiendo transitado por él, habían logrado superarlo. Y los que ya eran pobres, terminaron más pobres aún.

Si bien luego de la crisis de 2001-2002 la economía volvió a crecer y hubo un mejoramiento general de las condiciones sociales y económicas, muchas familias no pudieron ya modificar su situación de “perdedores” de un modelo que se impuso y generó profundas desigualdades.

Desde entonces, los pobres estructurales, los que históricamente habían sido pobres, conforman con las clases medias empobrecidas o los nuevos pobres, un universo que se caracteriza particularmente por su heterogeneidad y su complejidad. Poder estudiarlo constituye un verdadero desafío para los investigadores de las ciencias sociales, para producir conocimiento específico y detallado que permita generar políticas susceptibles de hacerle frente.

Se trata entonces de estar en condiciones de construir herramientas analíticas que nos permitan abordarlo en sus distintas dimensiones.

En ese sentido, en la segunda parte de este texto, me referí a un estudio realizado en una pequeña localidad que es resultado de esos procesos: formando parte del Área Metropolitana de Córdoba, altamente dependiente de la ciudad capital, se conformó, especialmente en las tres últimas décadas, como una “ciudad dormitorio de pobres”, que alberga a familias que siempre fueron pobres y otras que empobrecieron.

Mostrando algunos aspectos de las estrategias habitacionales y de las prácticas religiosas de algunas de esas familias, y centrándome concretamente en las redes sociales que se construyen en esos ámbitos, pretendí demostrar la capacidad heurística de la noción de red y de capital social en dos sentidos: por un lado, permite analizar la heterogeneidad de las situaciones, y distinguir usos diferenciados de recursos entre los pobres; por otro lado, habilita a la construcción de vínculos y relaciones que unen tanto a las familias pobres entre sí cuanto a ellas con otros agentes e instituciones ubicados en otras posiciones del espacio social, asociadas a otros recursos y con otras posibilidades de incidir en los procesos.

Si consideramos que vivimos en un marco colectivo-social que supone relaciones de fuerza derivadas de la distribución desigual de los recursos, y si asumimos como una meta la universalización de los derechos, sería necesario, para acompañar decisiones políticas y económicas fundamentales, por supuesto, apoyar iniciativas que promuevan las formas asociativas y el trabajo autogestivo, tal como parece ser la orientación de la política argentina desde 2003. Esto significa, de algún modo, la necesidad del fortalecimiento del “capital social” de los pobres, pero en un sentido muy diferente a como se ha planteado en otras oportunidades.

La conceptualización del “capital social” que se sostiene en estas páginas, es completamente diferente a la visión normativa y, en cierto modo, voluntarista e ingenua, que sostiene que el capital social constituye una suerte de modelo ideal de organización social, de una especie de comunidad en la cual sus miembros deben actuar (y lo hacen siempre) solidariamente.

Al contrario, considera la existencia de relaciones de fuerza y de lucha, de mecanismos de dominación y de conflictos (tanto entre grupos, como en el seno del mismo grupo o en el marco de lo que se denomina “capital social colectivo”). Estudiarlos en detalle es una condición indispensable para intentar generar estrategias que permitan, si no eliminarlos, al menos contrarrestarlos todo lo que fuese posible. Pero es necesario estudiarlos en el marco de la realidad territorial en la que se asientan: esa dimensión territorial-local es fundamental para analizar las relaciones concretas que estructuran los diversos tejidos sociales, tal como he pretendido mostrar, al dar cuenta de maneras diferentes de acumular y desarrollar capital social en un mismo espacio físico y tras la apariencia de la homogeneidad de las condiciones objetivas.

Si tenemos en cuenta que la dinámica de la reproducción de la sociedad en su conjunto, de los pobres estructurales, de los nuevos pobres y de los que no lo son en ninguno de esos sentidos, involucra mecanismos de dominación-dependencia, es importante echar luz también sobre esos procesos. Es decir, dar cuenta de las diver-

sas formas que adquieren las relaciones de poder, y de los distintos modos por los cuales se reproducen la riqueza y la pobreza, simultáneamente, en el mismo espacio social.

4. Bibliografía

- Altimir, O. (1979). *La dimensión de la pobreza en América Latina. Cuaderno de la CEPAL N° 27*. Santiago de Chile: Publicaciones de las Naciones Unidas.
- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelísticas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Auyero, J. (2002). Los cambios en el repertorio de la protesta social en Argentina. *Desarrollo Económico. Vol. 42 Núm. 166*, 187-210.
- Baranger, D. (2000). Sobre estructuras y capitales: Bourdieu, el análisis de redes, y la noción de capital social. *Avá. Núm. 2*, 41-63.
- Barbeito, A. y Lo Vuolo, R. (1995). *La Modernización Excluyente. Transformación económica y Estado de Bienestar en Argentina*. Buenos Aires: UNICEF-CIEPP-Losada.
- Beccaria, L. (1993) Estancamiento y distribución del ingreso. En A. Minujin, (Ed.), *Desigualdad y Exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo* (pp 114-148). Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Beccaria, L. (2006). Dimensiones y alcances de la crisis argentina [Material de cátedra Economía I]. Buenos Aires: FLACSO, mimeo.
- Beccaria, L. y López, N. (1996) Notas sobre el comportamiento del mercado de trabajo urbano. En L. Beccaria y N. López, (Comp.), *Sin trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad argentina* (pp 17-46). Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Benza, G. y Calvi, G. (2004). Reestructuración económica, concentración del ingreso y ciclos de desigualdad (1974-2003). *Realidad Económica. Núm. 214*, 74-104.
- Bourdieu, P. (1980). Le capital social. Notes provisoires. *Actes de la recherche en sciences sociales. Núm. 31*, 2-3.
- Bourdieu, P. (1971). Genèse et structure du champ religieux. *Revue française de sociologie. Vol. XII*, 295-334.

- Bustelo, E. (1993) La producción del Estado de Malestar. Ajuste y política social en América latina. (119-142). En A. Minujin *et al.*, *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina* (pp 119-142). Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Capdevielle, J. (2013). Capital social y estrategias de reproducción entrelazadas: familias e iglesias evangélicas en contexto de pobreza. Estudio de caso en Malvinas Argentinas, Córdoba. Tesis de Doctorado en Estudios Sociales de América Latina – mención Sociología. Córdoba: UNC, mimeo.
- Capdevielle, J. (2010). Capital social y estrategias de reproducción entrelazadas: familias e iglesias evangélicas en contexto de pobreza. Ponencia presentada en el Seminario Internacional CLACSO-CROP y CEHILA “Historia del tiempo presente del cristianismo en el mundo de los pobres en un contexto de globalización”, 4 al 6 de Octubre de 2010, Buenos Aires.
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Champion, A. G. (Ed.) (1989). *Counter urbanization: The Changing Pace and Nature of Population Deconcentration*. London: Edward Arnold.
- Freyre, M. L. (2010). El problema del desempleo y el surgimiento de los Planes de Empleo y de sostenimiento de ingresos. Buenos Aires: FLACSO, mimeo.
- Freyre, M. L. (2013). Políticas de empleo. Programas sociales con condicionalidad: el caso del Plan Jefes y Jefas de Hogar Desocupado en una localidad pobre de Córdoba. *Revista Trabajo y Sociedad. Núm. 21*: en prensa.
- Gutiérrez, A. (2004a). *Pobre’ como siempre... Estrategias de reproducción social en la pobreza*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Gutiérrez, A. (Dir.) (2004b). Migraciones y pobreza en el Área Metropolitana de la Ciudad de Córdoba, Argentina: estrategias migratorias de familias pobres residentes en la localidad de Malvinas Argentinas. Informe de Investigación. Córdoba: UNC, mimeo.
- Gutiérrez, A. (2005). Acerca de la noción de capital social como herramienta de análisis. Reflexiones teóricas en torno a un caso empírico. *Perspectivas. Sobre la administración, las políticas públicas y el Estado. Núm. 2*, 7-26.
- Gutiérrez, A. (2008) El “Capital social” en la pobreza: apuesta, medio y resultado de luchas simbólicas. En P. Pavcovich y D. Truccone, (Comp.), *Estudios sobre pobreza en Argentina. Aproximaciones teórico-metodológicas* (pp 29-48). Villa María: EDUVIM.

- Gutiérrez, A. (2012). Planes y pobreza en Córdoba (Argentina). Reflexiones acerca de las políticas socio-laborales desde el estudio de su implementación. *Rev. Ciencias Sociales Núm. 135-136. Núm. Especial*, 81-95.
- Hintze, S. (2006). Exclusión, derechos y políticas sociales. La promoción de formas asociativas y trabajo autogestivo en la Argentina. *Fermentum. Núm. 45*, 100-137.
- Kessler, G. y Di Virgilio, M. M. (2008). La nueva pobreza urbana: dinámica global, regional y argentina en las últimas dos décadas. *Revista de la CEPAL. Núm. 95*, 31-50.
- Kliksberg, B. (2002). Hacia una nueva visión de la política social en América Latina: desmontando mitos. *Revista Sociedad y economía. Núm. 3*, 77-105.
- Lodola, G. (2005). Protesta popular y redes clientelares en la Argentina: el reparto federal del Plan Trabajar (1996-2001). *Desarrollo Económico. Vol. 44 Núm. 176*, 515-536.
- Lomnitz, L. (1978). *Cómo sobreviven los marginados*. México: Siglo XXI.
- Lomnitz, L. (1979) Mecanismos de articulación entre el sector informal y el sector formal urbano. En V. Tockman, (Comp.), *El subempleo en América Latina* (pp 243-271). Buenos Aires: CLACSO-El Cid Editor.
- Lo Vuolo, R. et. al. (1999). *La pobreza... de la política contra la pobreza*. Buenos Aires: CIEPP-Miño y Dávila Editores
- Maduro, O. (1980). *Religión y conflicto social*. México: Centro de Estudios Ecueménicos.
- Matonti, F. y Poupeau, F. (2005). Le capital militant. Essai de définition. *Actes de la recherche en sciences sociales. Núm. 155*, 5-11.
- Míguez, D. (2001). La conversión religiosa como estrategia de supervivencia: Los pentecostales y el descenso social durante la "década perdida". *Intersecciones en Antropología. Núm. 2*, 73-89.
- Minujin, A. (1992) Prólogo. En: A. Minujin et al., *Cuesta Abajo. Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina* (pp 9-12). Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Minujin, A. (1993) Introducción. En A. Minujin, (Ed.), *Desigualdad y Exclusión. Desafíos para la política social en la Argentina de fin de siglo* (pp 9-25). Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Moughty, M. T. et. al (2005). Intervenciones Integrales sobre el Hábitat en Sectores Sociales Deprimidos. Informe final Programa Pictor. Córdoba: Agencia Córdoba Ciencia, UNC-UCC, mimeo.

- Murmis, M. y Feldman, S. (1992) La heterogeneidad social de las pobreza. En A. Minujin *et al.*, Cuesta Abajo. *Los nuevos pobres: efectos de la crisis en la sociedad argentina* (pp 45-92). Buenos Aires: UNICEF-Losada.
- Palomino, H. (2003). Las experiencias actuales de autogestión en Argentina. *Nueva Sociedad*. Núm. 184, 115-128.
- Roberts, B. (1968). Protestant groups and coping with urban life in Guatemala City. *American Journal of Sociology*, Núm. 73, 753-767.
- Salvia, A. (2005) Crisis del Empleo y Nueva Marginalidad: el papel de la economía de la pobreza en tiempos de cambio social. En F. Mallimaci y A. Salvia, (Comp.), *Los nuevos rostros de la marginalidad. La supervivencia de los desplazados* (pp 29-40). Buenos Aires: Biblos.
- Salvia, A. *et. al.* (2008). Cambios en la estructura social del trabajo bajo los regímenes de convertibilidad y posdevaluación. Una mirada desde la perspectiva de la heterogeneidad estructural. En J. Lindemboin, (Comp.), *Trabajo, ingresos y políticas en la Argentina. Contribuciones para pensar el siglo XXI* (pp 115-160). Buenos Aires: Eudeba.
- Salvia, A. y Pla, J. (2009). El otro desempleo. Impacto en el crecimiento sobre la estructura del empleo durante los últimos cuatro años. *Revista La Causa Laboral*. Núm. 9, 16-23.
- Svampa, M. (2001). *Los que ganaron. La vida en los countries y barrios privados*. Buenos Aires: Biblos.
- Svampa, M. (2005). *La Sociedad Excluyente: La Argentina Bajo el Signo del Neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Tecco, C. y Bressan, J. (2003). Área Metropolitana Córdoba: análisis de asentamientos y de sus articulaciones al sistema urbano metropolitano. Los casos Estación General Paz y Malvinas Argentinas. Informe de investigación 2000-2003. Córdoba: UNC, mimeo.
- Torres, H. (1998). Procesos recientes de fragmentación socioespacial en Buenos Aires: la suburbanización de las élites. Seminario de Investigación Urbana "El Nuevo Milenio y lo Urbano. Instituto de Investigaciones Gino Germani. Buenos Aires: UBA, mimeo.
- Valdez, E. (1998). Fragmentación urbana: los guetos urbanos residenciales. El caso del Country Las Delicias. Tesis de Licenciatura, Facultad de Humanidades, Universidad Nacional de Catamarca. Catamarca: UNCa, mimeo.